

MODESTO BLANCO SANCHEZ*

FACTORES GEOPOLITICOS DE LOS CONFLICTOS TERRITORIALES AFRICANOS

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

Se pretende analizar la realidad actual de un continente sumido en profunda crisis por los numerosos conflictos espaciales que en él se producen.

Entre otros aspectos interesantes, se han analizado los siguientes:

- La falta de cohesión nacional de los estados africanos.
- El factor económico.
- La intervención de las grandes potencias.

Facteurs Géopolitiques des conflits territoriaux africains. - Cet article cherche à analyser la situation actuelle d'un continent enfoncé dans une crise profonde à cause des nombreux conflits qu'y ont lieu.

On a étudié, entre autres, les suivantes aspects d'intérêt:

- L'absence de cohésion nationale des états africains.
- Le facteur économique.
- La intervention des grandes puissances.

Geopolitical factors of territorial conflicts in Africa. - The following article deals with the present situation in a continent which is sunk in crisis caused by the conflicts that are taking place within it.

Among others the following aspects have been analyzed:

- The lack of national cohesion among states which derives from a considerable ethnic variety.
- The economic factor.

PALABRAS CLAVE: Geopolítica, conflictos territoriales africanos, estado, nación, etnia, subdesarrollo, neocolonialismo, alianzas estratégicas.

MOTS CLÉS: Géopolitique, conflits territoriaux africains, état, nation, ethnie, sous-développement, néo-colonialisme, alliances stratégiques.

KEY WORDS: Geopolitics, african territorial conflicts, state, nation, ethnos, underdevelopment, neocolonialisms, strategic alliances.

I. INTRODUCCION

Desde un punto de vista geopolítico, Africa es un continente convulsionado que está experimentando profundas transformaciones sociales y políticas, con la consiguiente incidencia sobre la realidad espacial.

Hace tan sólo tres décadas el panorama geopolítico africano difiere considerablemente del actual. Aunque agonizantes, todavía pervivían los imperios coloniales europeos, enfrentados en algunos casos a sublevaciones armadas nacionalistas que reclamaban la descolonización del continente, en sintonía con el nuevo reparto del poder a escala planetaria surgido de la II Guerra Mundial, que engendró las dos nuevas superpotencias hegemónicas (Estados

Unidos y la URSS), interesadas en acabar con los obsoletos imperios coloniales de las potencias europeas capitalistas (Francia y Reino Unido, sobre todo) para disponer de acceso libre a los importantes mercados que esos países tercermundistas representan.

Recién concluida la Guerra, se produce la desaparición del Imperio Británico de la India, que dará origen a cuatro estados independientes¹. Seguidamente, en pocos años, el continente asiático quedará prácticamente descolonizado en su totalidad.

Cuando se celebra la «Conferencia de Países Afro-Asiáticos de Bandung» (Indonesia, 1954), impulsada por los líderes de los nuevos estados independientes y considerada como el inicio del neutralismo y del «Movimiento de Países No Alineados»,

* Departamento de Geografía, Universidad de Salamanca.

¹ Cinco en la actualidad, tras la secesión de Bangladesh, antiguo Pakistán Oriental, en 1971.

en África sólo hay tres estados independientes (Etiopía, Egipto y Liberia)². En 1956 se independizan tres estados árabo-africanos (Sudán, Túnez y Marruecos) y en los últimos años de la década lo hacen dos colonias de África Occidental, la Costa de Oro británica (que cambiará su nombre por el de Ghana) y la Guinea francesa.

La fecha clave en el proceso descolonizador africano es el año 1960, cuando la desaparición de las dos Federaciones coloniales francesas (África Occidental Francesa -AOF-, y África Ecuatorial Francesa -AEF) provocó una exagerada proliferación de estados con escasas posibilidades económicas, demasiado pequeños territorialmente o poco poblados. El mismo año se independizaba el Congo belga y, sucesivamente, hasta 1968, las diversas posesiones británicas, quedando para la década siguiente la descolonización del imperio portugués.

Todavía en la actualidad permanecen sin descolonizar varios territorios, en lucha por su autogobierno frente a estados ocupantes: Namibia, ocupada ilegalmente por Sudafrica; Eritrea, federada «legalmente» por la ONU al Imperio Etíope, que rápidamente la desposeerá de su autonomía y de sus prerrogativas como estado federado, y el Sahara Occidental, ocupado por el vecino reino marroquí con la complicidad de la antigua potencia colonizadora, España, que sigue manteniendo algunas posesiones en el norte de África, concretamente las ciudades de Ceuta y Melilla.

Estas carencias descolonizadoras han provocado algunas guerras de liberación que se mantienen en la actualidad y convierten a estos territorios en zonas conflictivas de inestabilidad casi permanente, aunque la conflictividad no se limita a estos lugares, sino que se extiende por casi todo el continente, donde los estados intentan consolidarse frente a las diversas fuerzas opositoras internas, la hostilidad de estados vecinos y la influencia desestabilizadora de las grandes potencias.

En este artículo, necesariamente breve, intentaré hacer una somera aproximación a aquellos factores que, a mi juicio, están influyendo decisivamente en la formación de situaciones geopolíticas conflictivas en varias regiones africanas.

El trazado de las fronteras africanas, exceptuando las históricas próximas al Mediterráneo, es temporalmente muy reciente. La ocupación europea efectiva de la mayoría del continente se produjo a comienzos del presente siglo, después de constantes tratados de delimitación fronteriza, reflejo de las relaciones de poder y de los conflictos interimperiales.

Las divisiones coloniales africanas hicieron caso omiso de la distribución territorial de los diversos pueblos, por lo cual los estados heredados de la colonización carecen de la necesaria cohesión nacional. Aquí radica, para Yves Lacoste, la principal debilidad de los estados de África tropical, en el hecho de que «todavía no son verdaderos estados-naciones» (LACOSTE, 1987), debido a la profunda heterogeneidad étnica.

Son escasísimos los estados africanos basados en una real identidad étnica. Casi la alcanzan los

países árabes norteafricanos, pues aunque algunos albergan importantes minorías bereberes, estas están asimiladas por el idioma (árabe) y la religión (islam). En el África negra, solamente Somalia y algunos estados sudafricanos (Botswana, Lesotho y Swazilandia) gozan de una casi total uniformidad desde el punto de vista étnico, si bien sus pueblos respectivos sobrepasan los límites estatales extendiéndose por países vecinos: los somalíes pueblan determinadas regiones de Etiopía, Kenia y Yibuti, al igual que los smanas, sothos y smazis en la República Sudafricana.

Los idiomas oficiales de la mayoría de los estados africanos siguen siendo los de las antiguas potencias coloniales: el francés y el inglés predominan todavía hoy como las lenguas más habladas, auténticos idiomas de relación interafricana, aunque en muchos estados donde tienen categoría de lengua oficial no son utilizados más que por una pequeña minoría, la que controla los resortes del poder.

Sin embargo, algunos idiomas autóctonos se perfilan como lenguas de comunicación e intercambio para extensos territorios; tal es el caso del swahili, lengua perteneciente al grupo bantú originaria de la costa oriental africana, donde floreció durante siglos un intenso comercio, controlado por árabes, con la Península Arábiga y el sur de Asia. Pues bien, el swahili es el idioma oficial exclusivo de Tanzania, comparte oficialidad con el inglés en Kenia y Uganda y se utiliza como lengua de relación en amplias regiones de Zaire, Ruanda, Burundi y Mozambique.

Otros idiomas africanos que conocen una cierta expansión son los nigerianos hausa, yoruba e ibo, los sudafricanos xhosa y zulú, el kikongo (Congo, Zaire y Angola), el peul (hablado en la franja saheliana), etc. Además, el árabe, sin ser un idioma exclusivamente africano, se habla en todos los estados nortehños y en los del desierto del Sahara (Mauritania, Chad, Sudán) y su influencia se expande hacia los países sahelianos acompañando al proceso islamizador.

Además del arbitrario reparto colonial, siguiendo a Lacoste (1987), hay que tener en cuenta las condiciones en que fue realizada la descolonización, con la desintegración de las antiguas federaciones coloniales sometidas a una sola administración (AOF y AEF fueron transformadas en trece estados diferentes). Primaron los intereses de los políticos, deseos de establecer su parcela de poder, sobre los ideales panafricanos de Padmore y Nkrumah, conscientes de que la balcanización política favorecía el mantenimiento del neocolonialismo y de que el desarrollo socio-económico demandaba previamente una autoridad continental y una opción socialista (M'BOKOLO, 1985). Algunos intentos unificadores, como la Federación de Mali (1959), que agrupaba a Senegal y al Sudán francés (hoy Mali), de sólo un año de duración, y la unión de Guinea y Ghana (1958-60), ampliada más tarde a Mali (1960-62), «núcleo de los Estados Unidos del Oeste Africano» (BENOT, 1972), de opción socialista, terminaron en rotundos fracasos, volviendo a la fragmentación anterior y abandonando los

² Excluyo a la República Sudafricana, independiente desde 1910, por estar dominada por una minoría blanca de origen colonial que mantiene a la gran mayoría de la po-

blación (los negros) privada de derechos civiles y políticos.

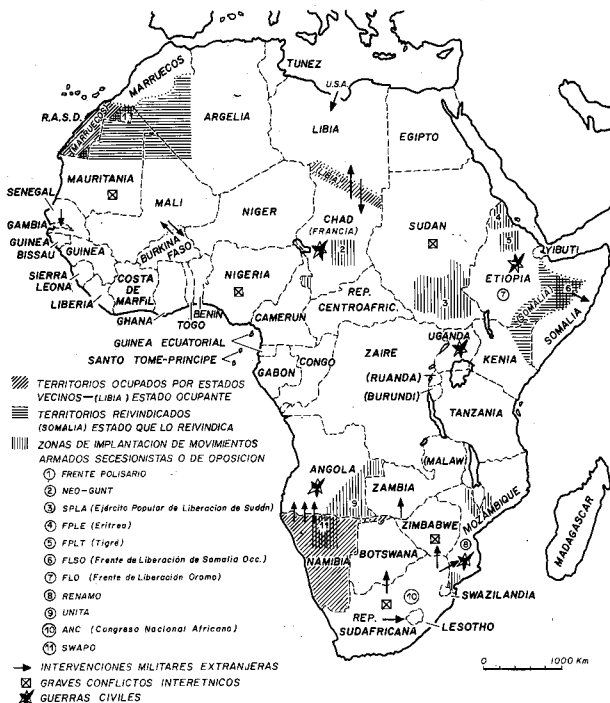


Fig. 1. Principales conflictos africanos.

planteamientos antiimperialistas.

Las tremendas carencias de los aparatos estatales africanos los incapacitan para cumplir las funciones que el estado realiza en el resto del Tercer Mundo, donde se ha convertido en el principal motor del desarrollo: realización de grandes obras de infraestructura y decisión sobre la implantación de las actividades económicas. Los proyectos de desarrollo de los gobiernos africanos independientes han fracasado por la ineficacia de los aparatos estatales y por la pervivencia de graves rivalidades étnicas que impiden la necesaria cohesión nacional.

Las oposiciones y enfrentamientos interétnicos

han sido una constante histórica en el continente y han tenido como causa principal el tráfico de esclavos desarrollado masivamente durante centenares de años por intermedio de estados africanos. En el siglo XIX, las potencias europeas abolieron la trata, con lo que disminuyó considerablemente el tráfico esclavista hacia América, aunque siguió existiendo en el interior del continente³, afectando sobre todo a las mujeres, destinadas al trabajo agrícola o de manufacturas.

La conquista colonial europea acabó en gran medida con el comercio de esclavos interafricano e instauró nuevas formas de producción y aprovecha-

³ Donde más ha perdurado la trata ha sido al sur del Sahara, en la zona de contacto entre la civilización árabe y el mundo negro de África tropical. Hace escasos años que

se suprimió la existencia legal de la esclavitud en Mauritania y hay fundadas sospechas de que todavía sigue existiendo en Sudán.

miento económico basadas en el «trabajo forzoso» de las poblaciones autóctonas. Los nuevos territorios coloniales sometidos a la dominación europea agruparon bajo una misma administración a grupos étnicos enfrentados hasta entonces por un reciente pasado de capturas esclavistas. La dominación colonial, además, mantuvo e incrementó estas rivalidades para evitar la unidad en la lucha anticolonialista. Generalmente, los europeos se apoyaron sobre las estructuras que habían levantado los estados esclavistas, cuyas castas dirigentes siguieron manteniendo su hegemonía sobre los antiguos grupos dominados. Así pues, las mismas etnias que dominaban los aparatos negreros se convirtieron en aliadas del colonialismo y sus jerarquías dirigen actualmente muchos estados independientes.

En la zona saheliano-sudanesa, área de transición entre el Desierto y los trópicos boscosos, algunos estados agrupan regiones geográficas y poblaciones sumamente dispares y a menudo históricamente enfrentadas por las secuelas del esclavismo. A lo largo de toda la franja saheliana surgieron, desde tempranas épocas correspondientes con nuestra Edad Media, importantes estados africanos cuya finalidad era controlar las rutas saharianas que aseguraban el intercambio comercial con los estados islámicos mediterráneos, de los cuales recibieron una gran influencia cultural y religiosa (Islam). Estos reinos sahelianos practicaban a gran escala la captura de esclavos entre las etnias sin estado de las regiones sudanesas y guineanas con destino a los mercados norteafricanos y asiáticos. Así pues, las fronteras de los estados independientes engloban desde los años 60 a poblaciones enfrentadas a las que obligan a convivir dentro de un mismo marco.

En Mauritania, donde la esclavitud ha sido legal hasta hace pocos años, la oposición entre arabo-berberes musulmanes, que dominan el aparato del poder, y poblaciones sedentarias negras del valle del Senegal (tucolores y mo'lo) sigue siendo bastante aguda en un estado definido como «República Islámica» donde la población no árabe (40%) se considera marginada.

Algo similar es lo que sucede en Sudán, donde las jerarquías musulmanas arabizadas han monopolizado el poder desde la independencia (1956). Los sucesores del estado islámico «mahdistas», enfrentado victoriosamente a los británicos durante más de dos décadas a finales del siglo pasado, que practicaba la captura de esclavos entre las poblaciones niloticas y sudanesas del sur, establecieron un estado centralista y unitario basado en el Corán y la cultura árabe, lo cual ha provocado en la región meridional continuas sublevaciones dirigidas por las élites cristianas. En los últimos años, además, la situación se ha complicado con el descubrimiento de petróleo en el sur.

También el petróleo hizo su aparición en Nigeria poco antes del intento secesionista de Biafra, protagonizado por el pueblo ibo, de religión católica, instruido y occidentalizado, muy activo en el sector comercial y económico, pero apartado del poder político en beneficio de las jerarquías aristocráticas norteñas, de etnia peul o hausa y religión musulmana, aliadas del colonialismo británico. Gracias a la constitución federal del estado y al predominio demográfico de la Región Norte sobre las otras dos (Oeste, de mayoría yoruba, y Este, de

mayoría ibo), el sistema monárquico-aristocrático heredero del Imperio de Sokoto, apoyado por los ingleses, pudo controlar el poder en toda la Federación.

Después de un fallido intento militar ibo de instaurar un régimen unitario y jacobino, la secesión de Biafra, apoyada por Portugal, Francia, la Banca Rothschild y el Vaticano, introdujo a Nigeria en una sangrienta guerra civil de tres años de duración que terminó con la victoria del poder central.

El país que mejor ejemplifica la inexistencia del estado-nación en África es Chad, sumido desde 1965 en una constante guerra civil complicada por la ocupación libia de la franja de Auzu y la intervención de tropas francesas para evitar el desmoronamiento del régimen pro-occidental. Los colonizadores franceses se limitaron prácticamente al aprovechamiento del tercio meridional (valles del Chari y del Logone, poblados por la etnia sara, del grupo sudanés), de clima tropical húmedo, zona de gran producción algodonera. El norte, poblado por árabes y kanuris, nunca sería totalmente dominado por Francia, cuya influencia no pudo superar las barreras de la vida nómada, la lengua árabe y el islam.

La guerra iniciada en 1965 por las diversas facciones norteñas agrupadas en el FROLINAT contra la dominación sara ha continuado hasta la actualidad, aunque ahora el poder central lo detenta His-sén Habré, uno de los antiguos sublevados, de etnia gorane, perteneciente al grupo kanuri, con el apoyo de varias facciones sudistas, la oposición armada de los árabes del centro chadiano y de algunas etnias minoritarias del sudoeste (de lengua peul), agrupados en el Neo-GUNT prohibio, y la pasividad momentánea de los tubúes del Tibesti (también del grupo kanuri), que ayudaron a las tropas gubernamentales en 1986-7 frente a los libios y ahora se mantienen en la expectativa.

La vieja aspiración independentista de sustituir el «estado colonial» por un «estado nacional» copiado del modelo jacobino francés ha fracasado en todo el continente al sur del Sahara. Las rivalidades étnicas, creadas por el colonialismo o heredadas de la trata de esclavos, se encargaron de impedir la consolidación de ese estado que se creía representativo de todo el «pueblo» y había comenzado su andadura con gran efervescencia político-social y pluralismo democrático, aunque ese proceso será interrumpido pronto por intervenciones del Ejército (institución que se presenta como auténticamente representativa de toda la nación) que abrieron el camino a regímenes autoritarios y corruptos por medio de los que se ha consolidado el poder de nuevas burguesías «nacionales» definitivamente alejadas del panafricanismo, mantenedoras de una balcanización que favorece el neocolonialismo y los negocios de esas mismas burguesías vinculadas al imperialismo.

II. LA LUCHA POR LOS RECURSOS NATURALES

Sobre el 22,5% de las tierras emergidas, en las que habita el 10% de la población mundial, África es un continente subpoblado que alberga el 30% de los recursos mineros del planeta, aunque su industria representa sólo el 0,9% (M'BOKOLO, 1985).

El producto nacional bruto de Africa negra es el 2,7% del mundial. Así pues, Africa es un *continente subdesarrollado*, carente de industrialización y con infimos niveles de renta.

Sin embargo, la mayoría de los países africanos, exceptuando los del norte, son excedentarios en el comercio alimentario mundial (KIDRON y SEGAL, 1982), aunque paradójicamente muchas poblaciones sufren problemas de malnutrición y hambre. Lo que sucede es que en las tierras más adecuadas para el desarrollo agrícola no se cultivan los productos alimenticios que precisa la población, sino aquellos cultivos industriales y de plantación que demandan los países ricos. No son escasos los estados africanos cuyas exportaciones se limitan casi exclusivamente a un producto agrario: café (Uganda, Ruanda, Burundi), cacao (Ghana), semillas de aceite y nueces (Guinea-Bissau y Gambia),

algodón (Chad), azúcar (Mauricio) y ganado (Somalia).

La nada despreciable riqueza minera africana está especialmente localizada en el tercio sur del continente, con una máxima concentración en las mesetas sudafricanas del Transvaal. Sudafrica «controla el 50% de la industria del continente africano y el 45% de la industria minera, el 78% de las reservas mundiales de manganeso, el 49% del vanadio, el 75% del platino, el 81% del cromo, el 51% del oro» (*El estado del Mundo 1986*).

Por lo que se refiere a las fuentes energéticas, el petróleo abunda en Africa septentrional (Argelia y Libia) y en la zona ecuatorial occidental (Nigeria, Gabón, Congo y Angola), constituyendo el principal y casi único producto de exportación para dichos estados. El uranio se extrae masivamente en Sudafrica, Namibia y Níger.

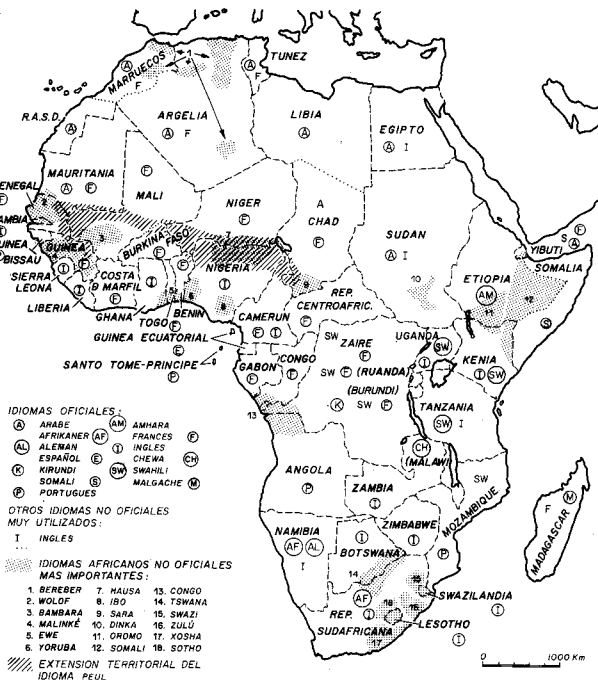


Fig. 2. Idiomas africanos dominantes.

No obstante, estos recursos no benefician al desarrollo africano, pues están destinadas a la exportación hacia los países industrializados, que envían productos elaborados, maquinaria, bienes de equipo y alimentos, provocando un endeudamiento creciente de los estados africanos, que tienen que soportar impotentes cómo descienden en el mercado internacional los precios de las materias primas mientras se incrementan los de las mercancías que tienen que importar.

En el aspecto económico, como en el político, la descolonización no ha supuesto una auténtica ruptura con la situación anterior y todavía está lejana la *independencia real* con la que soñaban Mario de Andrade y Amílcar Cabral. Las influencias nefastas del colonialismo perviven y se refuerzan en el actual neocolonialismo, cuya esencia, según Nkrumah, «...es que el Estado que le está sujeto es, en teoría, independiente y tiene todas las galas externas de la soberanía internacional. Sin embargo, en realidad, su sistema económico y, con ello, su política, son dirigidos desde fuera», (NKRUH, 1966).

En el momento de la independencia, las potencias coloniales europeas hicieron lo posible para impedir que se constituyeran entidades político-administrativas espacialmente extensas que incluyeran territorios diversificados y complementarios demográfica y económicamente, como proponían los intelectuales panafricanistas: Padmore abogaba por la constitución de los Estados Unidos de África y Mamadu Dia creía conveniente una refundición de fronteras en conjuntos económicos geográficos; por ejemplo, uniendo toda África Occidental en un solo estado. Los capitalistas preferían un continente atomizado en pequeños estados dirigidos por gobiernos títeres sumisos a los intereses extranjeros a cambio del lucro personal.

Después de conseguir el fraccionamiento de África en estados inviables política y económicamente, había que impedir la instauración de regímenes que cuestionaran el sistema de intercambio desigual y dependencia económica. En este sentido, cabe destacar que las intervenciones militares de potencias extranjeras han sido constantes desde 1960 en apoyo de gobiernos implicados en el mantenimiento del neocolonialismo.

Es sintomático que Congo y Nigeria, dos de los escasos estados africanos que, por su importancia demográfica, amplitud territorial y riquezas naturales, tenían posibilidades de salir del subdesarrollo y servir de modelo para el resto del continente, sufrieran en los años 60 sendas guerras civiles originadas por intentos secesionistas a los que no eran ajenos determinados intereses económicos foráneos:

- La *secesión de Katanga* (1960-63), región minera del sur congoleño (hoy Shaba, en Zaire), gran productora de cobalto (65% del total mundial) y cobre (35%) (ZIEGLER, 1967), contó con el apoyo de la UMHK (Unión Minera del Alto Katanga), compañía explotadora de las riquezas de la altiplanicie, vinculada financieramente a la *Société Générale de Belgique* y a la *Tanganyika Concessions*. Esta última, de capital británico y con vinculaciones sudafricanas, poseía en Angola el ferrocarril de Benguela, a través del cual la UMHK exportaba el cobre y el cobalto.

También se adhirieron a la secesión, que contó

en principio con ayuda militar belga, los europeos residentes en Katanga y numerosos mercenarios blancos. La intentona separatista fracasó por la oposición de la ONU, en la que predominaban los países afro-asiáticos y socialistas, pero logró el objetivo perseguido por el imperialismo: acabar con el gobierno anticolonialista y socializante de Lumumba (derrocado por el coronel Mobutu) e instaurar un régimen autoritario que asegura el control de las riquezas por parte de Occidente.

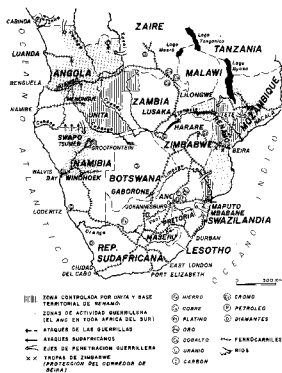
- En la *secesión de Biafra* jugó un importante papel el petróleo, con cuya explotación pretendía enriquecerse el nuevo estado y cuya presencia convirtió a la guerra civil en un auténtico juego de intereses internacionales que prolongaron durante tres años el sangriento conflicto. La secesión contó con el apoyo de la Banca Rostchild, Francia, Portugal, Israel, Sudáfrica y el Vaticano. Los rebeldes recibían por vía aérea ingentes cantidades de armamento mientras el hambre causaba estragos entre la población ibo, hasta que, finalmente, la decisiva intervención británica en apoyo del gobierno federal acabó con el conflicto.

En consonancia con los intereses imperialistas, la región más rica de África, la meridional, ha sido la última en descolonizarse, aunque sólo parcialmente, pues todavía se mantiene la dominación blanca en Sudáfrica y Namibia, países muy ricos en minerales. Ya vimos más arriba la importancia minera de la República Sudafricana, que se ha negado sistemáticamente a descolonizar Namibia (gran productor de cobre, uranio y diamantes), cuyas riquezas, unidas a las suyas propias, convierten al estado racista en una de las grandes potencias mineras mundiales.

No obstante, Pretoria no se limita al control de sus recursos y de los namibios, sino que ejerce una auténtica hegemonía sobre todos los estados de África meridional, cuya economía depende en gran medida de su poderoso vecino. Los pequeños reinos enclavados de Lesotho y Swazilandia pertenecen a la SACU (Unión Aduanera Sudafricana) y a la zona del «rand» (moneda sudafricana); Botswana, que pretende independizarse económicamente, recibe de la SACU el 85% de sus importaciones al tiempo que su principal recurso exportable (los diamantes) está en manos de la compañía De Beers.

El principal obstáculo para el desarrollo de algunos estados africanos meridionales es su situación de enclave: sobre un total de nueve, seis carecen de salida al mar, por lo que se ven obligados a comerciar internacionalmente a través de terceros; casi todos lo hacen a través de la República Sudafricana, que se beneficia económicamente de este tráfico y está así en condiciones de presionar sobre sus vecinos con la amenaza de asfixia económica si bloquea sus comunicaciones. Por ejemplo, el golpe militar que acabó con el gobierno de Jonathan en Lesotho (enero de 1986) fue precedido de un bloqueo económico decretado por Pretoria, que acusaba al gobierno de Maseru de ser demasiado tolerante con los refugiados del ANC.

Sin embargo, la vía más directa para exportar el cobalto zaireño, el cobre de Zaire y Zambia y el cromo de Zimbabwe serían las líneas férreas que conducen hasta los puertos de Beira (Mozambique) y Benguela (Angola), pero estas vías de comunicación están inutilizadas por los ataques de movi-



mientos guerrilleros financiados y armados por el régimen racista: RENAMO (Resistencia Nacional Mozambiqueña) y UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola). Queda además la alternativa del ferrocarril Tazara (Zambia-Tanzania), terminado de construir por los chinos en 1976, para cuya reforma y aumento de capacidad ha demandado ayudas internacionales el gobierno tanzano, pero está ya prácticamente saturado con las mercancías procedentes de Botswana y Malawi, además de que existe el problema del cuello de botella portuario en Dar es Salaam, con escasa capacidad de carga (CAMACHO, 1987).

Frente a las sanciones internacionales contra Sudafrica por el mantenimiento del *apartheid*, Pretoria ha amenazado con bloquear las comunicaciones con sus vecinos. Estos, agrupados desde 1980 en la SADCC (Conferencia para la Coordinación del Desarrollo en Africa Austral), organismo que persigue la reducción de la dependencia respecto a Sudafrica y el desarrollo de proyectos de cooperación tendientes a la integración regional, están dirigiendo sus prioridades al mantenimiento y mejora de las comunicaciones no controladas por Pretoria.

Mozambique cuenta en su territorio con la presencia de 15.000 soldados de Zimbabwe y 1.500 tanzanos (CAMACHO, 1987) para mantener despejado el corredor de Beira, que une este puerto mozambiqueño con Zimbabwe por carretera, ferrocarril y oleoducto y atrae las preferencias saboteadoras de la guerrilla de RENAMO, encastillada en el cercano macizo de Gorongosa. Maputo cuenta con la ayuda económica de varios estados occidentales (entre ellos España) para la rehabilitación y el

mantenimiento de las comunicaciones de dicho pasillo.

En Angola, el tren de Benguela, construido por los colonizadores portugueses e inutilizado desde hace trece años por los ataques de UNITA, enlaza directamente con las riquísimas regiones mineras de Shaba (Zaire) y Copper-Belt (Zambia). Actualmente, los estados interesados en recuperar la línea (Angola, Zaire, Zambia, Zimbabwe y Mozambique) están decididos a volverla a poner en funcionamiento, para lo cual han pedido una ayuda conjunta a la Comunidad Europea, donden cuentan con el apoyo de Bélgica, que ya ha otorgado 100 millones de dólares para la ampliación del puerto de Lobito, por sus intereses en las minas zaireñas. Es de suponer que Estados Unidos y Zaire convencerán a sus aliados de UNITA para que cesen sus acciones saboteadoras contra el ferrocarril, aunque Pretoria hace todo lo posible para que continúen y sigue interviniendo militarmente en el sur de Angola para impedir que las ofensivas militares de Luanda reconquisten los territorios ocupados por la guerrilla en el tercio suroriental del país⁴.

La revuelta popular generalizada en las ciudades negras sudafricanas, el apoyo internacional de que gozan los movimientos de liberación ANC y SWAPO y la presión unánime de los países de la línea del frente (Tanzania, Zimbabwe, Zambia, Angola, Mozambique y Botswana) y de la OUA han animado a los estados occidentales a adoptar tímidas sanciones contra el régimen de Pretoria, que mantiene prácticamente intactos los pilares del *apartheid* y continúa sus prácticas agresivas contra todos los países vecinos, los de la SADCC, con la que los gobiernos occidentales han relanzado la cooperación económica. Sin embargo, sólo alcanzarán la verdadera independencia, con amplios niveles de integración política y económica con la desaparición del anacrónico régimen racista y la consiguiente liberación nacional y social del país más rico del continente africano.

III. ALIANZAS GEOESTRATEGICAS AFRICANAS

Los estados africanos, débiles, soberanos sobre el papel pero dependientes política y económicamente, incapaces de asegurar un dominio efectivo sobre todo el territorio bajo su mando teórico, inmersos en graves conflictos interétnicos, carentes de unidad nacional y gobernados por burguesías corruptas, ven necesariamente limitada su libertad de maniobra por las intervenciones de las grandes potencias, cuyos enfrentamientos repercuten sobre sus aliados.

Desde hace un par de decenios se ha desencadenado en Africa una auténtica lucha entre las grandes potencias por el control de los puntos estratégicos y las rutas de acceso a las materias primas. A las potencias europeas que dominaron extensos imperios coloniales (Francia y Reino Unido) y que

⁴ Últimamente, tras los Acuerdos de Brazzaville (diciembre de 1988) entre las diversas partes (Sudafrica, Angola y Cuba), que acordaron la retirada de las tropas cubanas de Angola y el inicio del proceso independentista en Namibia, se han dado pasos importantes para la solución

del conflicto, aunque la ausencia de UNITA en las conversaciones y su rechazo al proyecto de paz puede provocar todavía algunas dificultades serias al gobierno de Luanda.

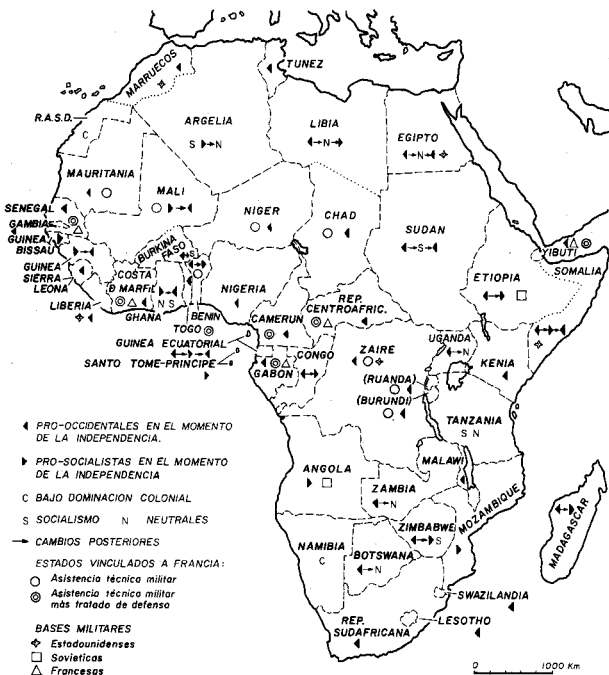


Fig. 4. Alianzas geoestratégicas africanas.

siguieron manteniendo casi intactos sus intereses después de la descolonización se sumaron posteriormente las dos superpotencias surgidas de la II Guerra Mundial. «Controlar África es controlar el mundo», decía Nixon en 1956 (M'BOKOLO, 1985).

Estados Unidos comenzó a interesarse por el continente africano en los años 50, cuando inició su penetración económica en determinados países donde predominaba la influencia de sus aliados europeos de la OTAN. Pronto establecería bases militares en estados conservadores y apoyaría el mantenimiento en el poder de los regímenes pro-occidentales. Sin embargo, el mayor incremento de su intervención se producirá a partir del derrumbamiento del imperio portugués, que dió lugar al establecimiento de cinco regímenes marxistas, dos de los cuales se hallan peligrosamente próximos a la República Sudafricana, que abastece al bloque ca-

pitalista de ciertos minerales estratégicos sumamente necesarios para la industria y el armamentismo. Además también en la primera mitad de los 70 se produjeron las revoluciones malgache y etíope, consideradas por Washington como avanzadillas del comunismo.

En los años 80, bajo la administración Reagan, se endureció la política exterior norteamericana frente a la URSS, cuya influencia intenta contrarrestar con el apoyo a RENAMO y UNITA. Su Fuerza de Despliegue Rápido (FDR) mantiene tropas en Marruecos, Egipto, Liberia, Somalia, Kenia y Zaire, con la finalidad de mantener libre el acceso a los minerales sudafricanos y al petróleo de Oriente Próximo, así como de vigilar de cerca a sus enemigos (Libia, sobre todo).

Por lo que se refiere a la URSS y los estados socialistas, durante la década de los 60 mantuvieron

una presencia muy escasa en Africa, limitándose a Egipto, Guinea, Ghana y Mali. Sin embargo, su influencia se desarrolló considerablemente en la década siguiente, consiguiendo atraer hacia su campo a las ex-colonias portuguesas, Etiopía y, en menor medida, a otros estados definidos como «revolucionarios» o «progresistas». Actualmente, la presencia comunista en Africa, procedente de la URSS o de sus aliados, es considerable en Angola y Etiopía, aunque también afecta a Mozambique, Congo, Benin y Libia.

No obstante, la potencia exterior que más interviene en los conflictos interafricanos es Francia, que mantiene estacionada en el continente una fuerza de 7.000 soldados, repartidos entre las bases de Yibuti, República Centroafricana, Senegal y Gabón. Su Fuerza de Intervención Rápida, de 25.000 miembros, aunque estacionada en Francia, está siempre presta a intervenir con celeridad en Africa.

Junto al Africa meridional, a la que he hecho referencia más arriba, la región más estratégica del continente, y también de las más conflictivas, es el Cuerno de Africa, conjunto que agrupa a Etiopía, Yibuti y Somalia, aunque sus conflictos afectan a otros estados africanos vecinos (Sudán y Kenia) y Asiáticos (península arábiga).

Su importancia estratégica deriva de su posición geográfica (próxima al petróleo arábigo y control del mar Rojo, a través del cual se transporta el crudo hacia Europa) y provoca el establecimiento

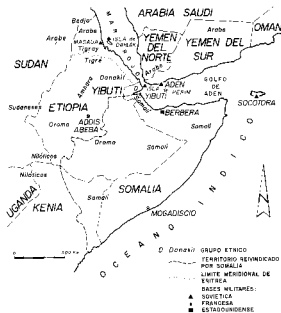


Fig. 5. El cuerno de Africa.

de tropas extranjeras: en la región hay cinco bases soviéticas (tres en Yemen del Sur: Isla de Socotora, Isla de Perim y Adén, dos en Etiopía: Isla de Dahlak y Masaua), cuatro estadounidenses (Arabia Saudí, Omán, Somalia y Kenia) y una francesa (Yibuti).

En la base de la situación conflictiva, por debajo de las apetencias exteriores, nos encontramos con un histórico enfrentamiento entre cristianos abisinios (etnia amhara, columna vertebral del imperio etíope) y musulmanes periféricos (arabes, dankils y somalíes). Con la independencia de las colonias somalíes británica e italiana, unificadas en

un sólo estado (1960), Somalia se plantea como objetivo prioritario la integración de todos los territorios poblados por somalíes en una entidad estatal homogénea desde el punto de vista étnico. La Gran Somalia, para lo cual reivindica el sur de Yibuti (llamado entonces Somalia Francesa), el este de Etiopía (regiones de Haud y Ogadén, que forman la Somalia Occidental, cedida por los británicos a Etiopía en 1948) y el noreste de Kenia. Esta política irredentista llevó a Somalia al aislamiento internacional (la OUA rechaza cualquier modificación fronteriza) y a contenciosos con sus tres vecinos africanos, llegando a graves enfrentamientos armados con Etiopía.

En 1969, un golpe militar dirigido por Siad Barre instauró un régimen revolucionario pro-socialista que no renunciaba a las aspiraciones pan-somalíes. Los soviéticos instalan bases militares y colaboran en la modernización del Ejército, mientras Estados Unidos apoyaba el régimen etíope.

La situación cambia bruscamente cuando la monarquía imperial etíope es derribada por una revolución popular (1974) que da paso a un régimen militar con opciones socialistas. Somalia, segura de su alianza militar con la URSS y queriendo aprovechar la debilidad de Addis Abeba (desórdenes internos y acoso de los movimientos guerrilleros eritreos -FLE- y somalí -FLSO) lanzó en 1977 una ofensiva militar tendente a apoderarse de Somalia Occidental. Posiblemente, si la URSS y Cuba no se hubieran volcado en ayuda de Etiopía, proporcionándole armas, material militar y tropas, el estado etíope se hubiera desintegrado frente al ataque combinado de eritreos y somalíes. Traicionando a Somalia, los soviéticos apostaron por un país con mayor potencial demográfico y económico y cuya posición geográfica, en la salida del mar Rojo, es complementaria con la de su otro aliado de la región, Yemen del Sur. Sin embargo, frente al apoyo soviético a Etiopía, los estados occidentales no reaccionaron ayudando a Somalia, por las presiones de Francia, que tenía por el recién independizado Yibuti, Israel, temeroso de que a la derrota de Etiopía siguiera la independencia de Eritrea, con el consiguiente dominio total del mar Rojo por parte de los árabes, y Kenia, que veía peligrar su región nororiental, de poblamiento somalí.

Así pues, Somalia fue derrotada en 1978, pero el estado de guerra latente con Etiopía ha continuado, con enfrentamientos fronterizos directos y a través del apoyo de Mogadiscio al FLSSO (Frente de Liberación de Somalia Occidental), muy debilitado por las acciones armadas de cubanos y etíopes, incapaz de ejercer su dominio sobre ningún territorio, pero aferrado a la idea de alcanzar la independencia para Somalia Occidental.

Además del FLSSO, Etiopía se enfrenta a varios movimientos armados internos, apoyados por Sudán y otros estados árabes:

- FPLE (Frente Popular de Liberación de Eritrea), de ideología marxista, aunque deba enfrentarse a rusos y cubanos, y con una importante zona liberada en la provincia de Sahel, junto a la frontera sudanesa.

- FLPT (Frente Popular de Liberación del Tigré), aliado del anterior, cuya ideología izquierdista comparte, aunque más teñida de maoísmo (papel revolucionario del campesinado) y con aspiraciones

más autonomistas que independentistas.

— FLO (Frente de Liberación Oromo). Su estructura organizativa y su ideología política son similares a las de los otros dos. Su lucha va dirigida contra un poder centralista totalmente amharizado que se niega a reconocer las peculiaridades de otros pueblos.

Estas tendencias centrifugas se oponen a un gobierno central que, aunque definido como revolucionario, ha continuado, en el aspecto geopolítico, con el *centralismo imperial* de sus predecesores:

— Mantiene la geografía administrativa del estado, con la única excepción de la creación de la provincia de Assab, a costa de Eritrea, persiguiendo el objetivo de debilitar al movimiento secesionista en dicho país.

— Otorga prioridad a la unidad territorial.

— En el exterior, persisten el conflicto con Somalia y las tensas relaciones con Sudán.

— En el interior, ha proseguido la tendencia histórica de traslado de los centros de decisión política hacia las regiones meridionales del macizo etíope, con trasvases masivos de población y colonización de los territorios periféricos.

El objetivo es consolidar el poder estatal en las regiones fronterizas frente a estados vecinos (Somalia) y movimientos secesionistas e irredentistas.

La irreconciliable enemistad entre Somalia y Etiopía, debido al irredentismo somalí sobre amplios territorios que pertenecen administrativamente a su vecino, obliga a ambos estados a alinearse en bandos geoestratégicos opuestos e introduce un importante factor de desestabilización en la zona. Somalia se encuentra aislada en el Cuerno de África frente a sus tres estados limítrofes, pues sus reivindicaciones alcanzan a territorios de todos ellos, pero no está sola en el conjunto de Oriente Próximo, ya que pertenece a la Liga Árabe, con cuyos estados más conservadores mantiene buenas relaciones, al igual que Etiopía con Yemen del Sur, Libia y Siria, además de que la OUA está de su parte en el contencioso que le enfrenta a Somalia.

Por otra parte, el tiempo juega a favor de Addis Abeba, que va consolidando sus fronteras y colonizando las regiones periféricas con poblaciones adeptas al régimen. A medio plazo, Somalia no tendrá más remedio que aceptar las fronteras internacionalmente reconocidas, tal como desean sus aliados occidentales, que, para debilitar al gobierno etíope, juegan la baza de los movimientos armados de oposición, aunque estos sean de ideología izquierdista. En este campo, Sudán cumple una función importante como retaguardia y asentamiento de refugiados de tres nacionalidades opuestas al centralismo amhara de Addis Abeba: eritreos, tigreños y oromos. Jartum contrarresta así el apoyo etíope al coronel Garang y su SPLA (Ejército de Liberación Popular del Sudán), opuestos a la hegemonía arabo-musulmana.

Quizá la solución más acertada para esta región donde se encabalgan comunidades étnicas y alianzas internacionales diversas fuera retomar la propuesta que, poco antes de estallar la guerra del Ogadén, hizo Fidel Castro de constituir una confederación de estados (Somalia, Etiopía y Yemen del

Sur) y regiones autónomas (Eritrea y Ogadén). Esta propuesta no le parece descabellada actualmente al FPLE, que aceptaría una salida federal no necesariamente independentista, aunque sería difícilmente realizable en este momento por las grandes diferencias existentes entre los regímenes somalí y etíope.

CONCLUSION

Como hemos visto anteriormente, los litigios territoriales en África son muy numerosos, y ello es debido a los factores que hemos ido analizando a lo largo de este artículo. A diferencia de lo que ocurre en nuestro mundo desarrollado, las fronteras africanas no son espacios de relación e intercambio, salvo contadas excepciones, sino lugares de tensión entre estados o zonas de enfrentamientos de grupos étnicos rivales.

En la base de esta situación tan inestable y conflictiva está la falta de coincidencia entre los límites de los conjuntos estatales y la dimensión espacial de otros conjuntos (económicos, políticos, culturales, históricos, etc) que están influyendo directamente sobre el comportamiento de las sociedades humanas. Sobre cada litigio fronterizo, guerra civil o movimiento secesionista ejercen un peso específico los diferentes conjuntos espaciales de diversos órdenes de amplitud a los que pertenece el territorio donde se produce el conflicto.

Las líneas convencionales que identificamos en los mapas como fronteras no son inmutables, ya que se trata de creaciones humanas y, como tales, modificables. Las que actualmente contemplamos en los mapas de África son una herencia directa del pasado colonial y expresión del mantenimiento de la dependencia africana bajo fórmulas nuevas.

Sin embargo, en los años que precedieron a las independencias, las aspiraciones de los líderes anticolonialistas iban encaminadas a conseguir la unidad por encima de la balcanización legada por el colonialismo. Eran conscientes de que sólo mediante la unidad podrían conseguir la industrialización, la modernización y el desarrollo.

No obstante, una vez conseguida la independencia, cada grupo dirigente se aferró a su pequeña porción de poder, negándose en redondo a cualquier agrupación federal o supresión de fronteras, principio consagrado en 1963 por la OUA, que sacrificó el «África de los Pueblos» a los intereses estatales.

En contra de lo que indica su nombre, la Organización para la Unidad Africana no tiene ninguna aspiración de conseguir la unidad y se ha transformado en un organismo burocratizado e inoperante minado por rivalidades internas.

La solución al problema del Estado en África y un inicio del camino hacia el desarrollo socio-económico sería la constitución de entidades político-administrativas más extensas que los inviables estados actuales, demasiado pequeños, sin potencial demográfico ni complementariedad económica o enclavados en el interior del continente⁹.

Cada vez es más necesario el relanzamiento de la unidad africana, cuya base puede estar en agrupaciones de estados que potencien la cooperación

⁹ 14 de los 51 estados africanos carecen de salida al mar.

económica, la realización de proyectos de desarrollo en común, la unión aduanera, etc.

En este sentido es bastante positiva la experiencia de cooperación desarrollada en África meridional por la SADCC (Conferencia para la Cooperación del Desarrollo en África Austral), creada en 1980 e integrada por nueve estados (Angola, Botswana, Lesotho, Malawi, Mozambique, Swazilandia, Tanzania, Zambia y Zimbabwe). Sus objetivos fundamentales son:

- Reducir la dependencia respecto a Sudáfrica.
- Establecer lazos para una integración regional genuina y equitativa.
- Promover proyectos de cooperación regionales e interestatales.
- Actuar coordinadamente en la recogida de fondos internacionales.

Por medio de agrupaciones estatales de este tipo, que unen a estados interesados en potenciar la cooperación y el desarrollo mutuo sin tener en

cuenta la procedencia colonial de cada país⁶, los pueblos africanos pueden avanzar hacia la ansiada unidad, si no de la totalidad del continente, al menos de determinados conjuntos geopolíticos con características geográficas similares y problemas semejantes.

La independencia real, no sujeta al neocolonialismo, preconizada en los primeros años 70 por los revolucionarios de las colonias portuguesas, sólo podrá conseguirse con la reactualización de las teorías panafricanistas precedentes, que veían en la unidad africana una necesidad básica para el desarrollo, necesitado de una planificación a escala continental y de unas formas organizativas sociales y productivas claramente socialistas, aunque no necesariamente inspiradas en modelos preexistentes, pues el socialismo africano puede basarse en las tradiciones organizativas autóctonas de carácter comunitario o colectivista.

⁶ Por ejemplo, la CEDEAO (Comunidad Económica de Estados de África Occidental), que integra 15 estados, de

los cuales nueve son francófonos, cuatro anglófonos y uno lusófono.

BIBLIOGRAFIA

- AA.VV.: *El estado del Mundo 1986. Anuario económico y geopolítico mundial*, Akal, Madrid, p. 63.
- CAMACHO, Ana: «El tren de la independencia». *El País*, 10 de agosto de 1987.
- BENOT, Yves: *Ideología de las independencias africanas*. Dopesa. Barcelona, 1972, p. 101.
- KIDRON, Michel, y SEGAL, Ronald: *Atlas del Estado del Mundo*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1982, fig. nº 18.
- LACOSTE, Yves: «Géopolitiques internes en Afrique». *Hérodote*, nº 46, juillet-septembre 1987, p. 11.
- M'BOKOLO, Elikia: *L'Afrique au XX^e. Le continent convoité*. Editions du Seuil, 1985, p. 368.
- NKRUMAH, Kwame: *Neocolonialismo, última etapa del imperialismo*. Siglo XXI. México, 1966. p. 3.
- ZIEGLER, Jean: *La contrarrevolución en África*. Lumen. Barcelona, 1967, p. 41.